CLÍO, Año 87, n.º 196, julio-diciembre 2018, pp. 159-166.
ISSN: 0009-9376

Vita[1]

Erwin Walter Palm

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

1910-29

Nací en Frankfurt del Main el 27 de agosto de 1910. A mi padre, Arthur Palm († 1938) le debo constancia e independencia de espíritu, a mi madre, Else Hess de Palm († 1922) el amor a la música. Me enseñó a leer música, antes de que supiera deletrear el alfabeto.

1929-35

A principios de 1929 finalicé el bachillerato en el Colegio «Goethe-Gymnasium» de mi ciudad natal. Pronuncie el discurso de despedida de los graduados del 29 (tema: Catulo). Habiendo asistido ya durante los últimos anos a las lecciones que dictaban en la universidad de Frankfurt los filólogos clásicos Walter F. Otto y Karl Reinhardt, estudié filología y arqueología clásicas, historia del arte y filosofía en las universidades de Göttingen, Heidelberg, Roma y Florencia. Me gradué de doctor, asesorado por Giorgio Pasquali, con una tesis sobre Ovidio («Una interpretación romana del mito»). Mis maestros fueron el latinista Eduard Fraenkel, los helenistas Hermann Frankel, Otto Regenbogen y Ettore Bignone, los arqueólogos Arnold von Salis y, en Roma, el historiador de la arquitectura Arnim von Gerkan. En arqueología romana, debo mi formación a quienes con-

[1] Publicado originalmente en *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, vol. 20, n.° 1, 1983, pp. XXVII-XXXIV.

tinuaron la enseñanza de la primera Escuela de Viena (Wickhoff, Riegl); en historia del arte, al ejemplo de Aby Warburg y a las publicaciones de la Biblioteca Warburg.

Por lo demás aprendí de muchos. Desde los primeros semestres, los fenómenos de recepción del Derecho Romano y el ideario medieval de la renovación del imperio romano, explicados por el medievista Percy S. Schramm y por el historiador del Derecho Romano Wolfgang Kunkel, me cautivaron, impulsándome a franquear las fronteras de mi propia disciplina. Fue esta una inclinación alentada en Heidelberg por el romanista Leonardo Olschki.

Erwin Walter Palm en tiempo de su asilo en la República Dominicana.

En Heidelberg, la convención y la anticonvención se enfrentaban una a otra de manera más violenta que en Göttingen. En las cátedras y los seminarios de Karl Jaspers no aprendimos el *métier* filosófico, pero sí presenciamos la práctica

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de la filosofía existencial. El historiador Eugen Täubler explico historia romana actualizándola, al mismo tiempo que nos hizo comprender la prehistoria como parte de la historia mundial. El indólogo Heinrich Zimmer me abrió un nuevo camino a los estudios de mitología. Fue mi mujer, en aquel entonces mi novia, quien despertó en mí el interés por la sociología del conocimiento de Karl Mannheim. No quiero omitir la profunda impresión que me dejo la figura del historiador de la literatura, Friedrich Gundolf, muerto prematuramente en 1931.

En Italia, durante el invierno de 1932-1933, mi currículo universitario de etruscología, topografía romana, pintura italiana, se vio completado además por las conferencias para becados del Instituto Alemán de Arqueología en Roma. Comencé a estudiar sistemáticamente y por provincias las excavaciones, los museos, la arquitectura de Italia. Durante frecuentes visitas a Nápoles y Pompeya, Amadeo Maiuri y Matteo della Corte me ensenaron a percibir la presencia de la antigüedad clásica en la vida diaria. La «*pittura metafísica*» de Giorgio de Chirico se convirtió para mí en la puerta de acceso al arte moderno, marginado entonces en las universidades alemanas.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

1936-39

Roma. Contraje matrimonio con Hilde Domin. Empecé a reunir materiales para un libro acerca del Arte Romano sobre el fondo de la historia de las religiones del imperio.

1939-40

Inglaterra. Pasé medio año en Londres. En Oxford me recibieron amistosamente Gilbert Murray y John L. Myres (a quien debo, entre muchas cosas, el haber conocido a Pedro Bosch Gimpera); en Cambridge, A. B. Cook y Francis Cornford. Ingresé de miembro en la Society for the Promotion of Roman Studies.

En el Museo Británico la presencia simultánea del arte extraeuropeo y del arte de la Antigüedad Clásica plasmó en mí una experiencia decisiva. En la misma ciudad de Londres, tropecé con la lírica de Federico García Lorca. Aprendí castellano al verter al alemán su obra poética.

Pasé el primer ano de la guerra en Minehead (Somerset), dedicado a trabajos arqueológicos y literarios. Unos estudios de historia de las religiones quedaron sin publicar en los países invadidos (Noruega, Bélgica, Francia).

1940-52

Asilo en la República Dominicana.

Di conferencias sobre el arte de la Antigüedad Clásica en la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional de Santo Domingo, reformada en ocasión de su 4º Centenario (1938) y ampliada con la llegada de los exilados españoles. A partir del invierno de 1941-42 ingresé en el cuerpo docente de la universidad en calidad de «catedrático especial» de arqueología e historia del arte. Durante un tiempo impartí también clases de estética. La experiencia de discutir la historia de las ideas estéticas y de las teorías de arte me fue útil para toda la vida. La necesidad de comprender el nuevo ambiente al igual que la falta de literatura arqueológica interrumpieron mis estudios del mundo clásico antiguo. Salieron mis primeras publicaciones sobre los comienzos de la arquitectura colonial española. La familiaridad con el arte imperial romano me permitió comprender los problemas de la transmisión del arte español al Nuevo Mundo. España se convierte a la vez en sujeto y objeto de estudios de aculturación.

Fuimos recibidos fraternalmente en Santo Domingo, donde la convivencia con los artistas y los universitarios españoles nos proporcionó, a posteriori, el contacto con el ambiente intelectual madrileño. André Bretón y Wilfredo Lam, al llegar a Santo Domingo, actualizaron la discusión sobre el arte surrealista. – La proximidad de México, palpable en las revistas Cuadernos Americanos, El Hijo Prodigo y Dyn, me puso en contacto tanto con el arte prehispánico como con el arte y la poesía modernos de México.

Como Consejero Técnico de la Comisión Nacional Conservadora de Monumentos (a partir de 1946) fui coautor de la Leyes dominicanas para la Protección de Monumentos. Por encargo del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, en 1948, encaminé el proyecto de una colección de leyes para la protección de monumentos artísticos en los países latino-americanos. En 1948 fui nombrado Jefe del Departamento de Arte Colonial del Instituto Dominicano de Antropología. Compuse un inventario de la arquitectura histórica de la ciudad de Santo Domingo, y otro de obras artísticas eclesiásticas de la República Dominicana. Organicé exposiciones de arte.

Después de la guerra emprendí viajes de estudio, asistí a congresos y di conferencias en todo el continente americano: Cuba (1945); Honduras, Guatemala, Cuba (1946); Estados Unidos de América, de costa a costa (1948); Brasil, Argentina, Uruguay, Chile, Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela (1949-50); México (1951); Grandes Antillas (Puerto Rico, Haití, Curazao, Jamaica).

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Publiqué en revistas científicas y literarias hispanoamericanas y de los EE.UU. Conocí a casi toda la generación pionera de historiadores del arte iberoamericano. Además, los viajes me permitieron establecer contactos personales con los poetas hispanoamericanos y españoles asilados en América.

En cuanto a México, pueden fecharse en el año 1951 los comienzos de mi duradera relación con el país. Habiendo asistido como huésped de honor a las fiestas del 4º Centenario de la Universidad, me quedé varias semanas visitando el altiplano central. Mi edecán, Rafael García Granados, fomentó mi incipiente interés en las Capillas abiertas. Manuel Toussaint y Manuel Romero de Terreros me acompañaron en «paseos coloniales», que me permitieron captar lo que no se aprende en libros. Desde mi primer viaje al Continente, concretamente desde mi visita a Copán, pero ante todo desde mi estancia en Perú y en Bolivia, empecé a darme cuenta de que, ante la realidad precolombina, tendría otra vez que comenzar desde el principio. México, y la confianza que en mí depositó Paul Rivet, me confirmaron en esta decisión. Los primeros resultados fueron las conferencias de arqueología comparada, que preparé en las bibliotecas de Nueva York y que, en mi vuelta a Europa, se convirtieron en un tema que siguió vinculándome al Nuevo Mundo.

Además, me había yo encontrado en México con una constelación literaria que abarcaba desde Alfonso Reyes hasta Carlos Pellicer y Usigli, y que en casa de Manuel Altolaguirre había reunido a poetas como Luis Cernuda y José Moreno Villa o pioneros del cine moderno como Luis Buñuel. Fue en 1963 cuando volví a México, gracias a otro congreso y al empeño de Silvio Zavala, mi amigo mexicano más antiguo. Desde entonces voy con cierta regularidad, rodeado ahora de alumnos e incluso de alumnos de alumnos de aquellos que me recibieron en 1951.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

1953-60

A la mitad del camino, volví a disfrutar de siete años libres de obligaciones docentes, entregado a la investigación. La comprensión de las autoridades universitarias dominicanas conservó mi plaza.

A principios de 1953, gracias a una beca de la J. S. Guggenheim Foundation, me trasladé a los Estados Unidos para servirme de las bibliotecas de Nueva York y Washington. Interrumpí el segundo año de mi beca, cuando en Nueva York me llegó una invitación de dictar conferencias en las Universidades de la República Federal Alemana. Después de 22 años de ausencia volví a mi país.

Entre 1955-57 y 1959-60, pasé un total de 4 años en la Península ibérica, principalmente en España, cuidando la publicación de mi obra *Los Monumentos Arquitectónicos de la Española* y dedicándome al estudio de las arquitecturas española y portuguesa, gracias al apoyo consecutivo de la Universidad de Santo Domingo, de la Fundación Guggenheim y de la Deutsche Forschungsgemeinschaft.

España, a los quince años de la guerra civil, aún estaba aislada. En casa de amigos, como la de Enrique Lafuente Ferrari, nos encontrábamos casi como entre exilados españoles. Los primeros escritores y artistas republicanos, entre ellos amigos de Santo Domingo y de México, comenzaban a regresar al país, aunque con reservas.

Sin la tertulia del conde de Canilleros, sin Antonio Rodríguez Moñino y los arquitectos Luis Cervera Vera y Fernando Chueca Goitia, no hubiera aprendido cuánto se debe a esa ya defunta y casticísima escuela de erudición. Las tardes de «Ínsula» reunieron a poetas e historiadores madrileños, como por ejemplo a Julio Caro Baroja, con romanistas e historiadores extranjeros; la amistad con Vicente Aleixandre y con Dámaso Alonso integró la generación del 27, entonces desbandada por ambas Américas.

Mientras, salieron mis traducciones al alemán de poetas españoles e hispanoamericanos (1955), de la lírica de Lope de Vega (1958), de Rafael Alberti (1960), del baile-drama quiché «El Varón de Rabinal» (1961, estrenado en Frankfurt 1969).

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

1960

En 1960 volví a Heidelberg, a cuya universidad debo una parte tan decisiva de mi formación. Se fundó un Departamento de Historia del Arte y de las Civilizaciones de los Pueblos Ibéricos e Iberoamericanos en el Instituto de Historia del Arte de la Universidad de Heidelberg. Organicé la biblioteca y las colecciones fotográficas, partiendo prácticamente de la nada.

Siguiendo la invitación del Departamento de Lenguas Romances, durante algún tiempo completé mi actividad hispanista con cursos sobre poesía moderna española. Al ocupar mi cátedra, incluso pronuncié el discurso de toma de posesión sobre un tema situado entre el arte y la literatura: la Teoría del Duende de Federico García Lorca.

Traté ante todo de poner al servicio de la universidad alemana la experiencia inmediata del mundo extraeuropeo, hecha durante la segunda guerra mundial

y los primeros años de la postguerra. Coincidimos en este propósito los tres catedráticos de arte que habíamos regresado a Alemania de los países a que dedicamos nuestros estudios: Dietrich Seckel, quien había estado en Japón, fundó en 1957 el Departamento de Arte del Lejano Oriente (a su amistad y empeño se debe que madurasen muchos de nuestros planes); Hermann Goetz, quien había vuelto de la India, dictó cátedras sobre el arte de este subcontinente. El Instituto de Historia del Arte de la Universidad de Heidelberg, que tradicionalmente se limitaba al complejo del arte alemán, centroeuropeo, italiano francés, atravesó una transformación radical. De una institución dirigida por un solo titular, se convirtió en un centro, que permitió un estudio del arte sobre una base global.

A partir de 1965 promoví coloquios interdisciplinarios acerca de urbanismo y arqueología comparada que pudieron realizarse gracias a la colaboración de amigos y colegas de Heidelberg (prehistoria: Vladimir Milojvic †; egiptología: Eberhard Otto † y Jan Assmann; arqueología clásica: Jörg Schäfer; arqueología paleocristiana: Jürgen Christern †, India: Hermann Goetz †; Asia Sudoriental: Hermann Kulke; Asia Central: Karl Jettmar; Lejano Oriente: Dietrich Seckel, Magdalena von Dewall) y colegas de otras universidades alemanas.

En el curso de las transformaciones generales que ampliaron el Instituto de Historia del Arte, en 1975, fui nombrado titular. La cooperación amistosa entre los 4 titulares (Dietrich Seckel, Hans Belting, Peter Anselm Riedl y yo mismo) que seguimos alternándonos en la dirección del Instituto, distinguió la labor de esos años. Desde 1977 sigo dirigiendo los trabajos de graduación de mis alumnos en calidad de Emeritus.

Desde 1964 fui miembro del «Proyecto Puebla-Tlaxcala» de la Fundación Alemana para la Investigación Científica, estuve de coordinador en México durante las temporadas 1970/72; 1973/74; 1975/76. La cooperación de las ciencias naturales con la arqueología y las disciplinas históricas es el anhelo natural de todo americanista. La experiencia adquirida en el Proyecto Puebla-Tlaxcala sirvió para refinar el instrumentario de una arqueología comparada, tal como traté de practicarla en los coloquios de Heidelberg. Desde 1967 estoy colaborando con Helga von Kuegelgen Kropfinger en problemas de aculturación y recepción.

Asimismo realicé viajes de estudio y de conferencias a Nápoles y Sicilia (1962); a México y EE. UU. (1963); a México, Guatemala, Nicaragua, Costa Rica y Panamá (1964); a Brasil, Argentina, Paraguay, Chile, Perú y Ecuador (1966); a Perú, Argentina, Brasil (1970); a México y los EE. UU. (1970-1978); a Macao y Filipinas (1972); a British Columbia (1979); en relación a los coloquios

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

sobre urbanismo y arqueología comparada, organizados en Heidelberg, a Japón, Indonesia y Sureste de Asia (1972), así como a Grecia y Turquía (1974-1979).

Co-editor (1975-) de *Ibero-Amerikanisches Archiv* (Berlín).

Miembro correspondiente: Sociedad de Geografía e Historia de Honduras, Tegucigalpa (1946); Academia de Bellas Artes, La Habana (1947); Sociedad Colombista Panamericana, La Habana (1948); Academy of American Franciscan History, Washington, D.C. (1950); Sociedad de Geografía e Historia, Potosí, Bolivia (1951); Societé des Américanistes, París (1951); Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo (1958); Associazione italiana di studi americanistici, Génova (1968); Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid (1970); Sociedad Peruana de Historia, Lima (1970); Hispanic Society of America, Nueva York (1971); Academia de Ciencias de la República Dominicana (sección arte) (1976); Academia Mexicana de la Historia, México (1978); Heidelberger Akademie der Wissenschaften (1982).

Ciudadano honorario de la Ciudad de Nueva Orleans (1948).

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia